EL CLUB DE LAS
PRÓXIMAS
LECTURAS

DETOUR.ES
LLIBRERIA RAMON LLULL
CLUB.DETOUR.ES

NÚMERO 25, SEPTIEMBRE 2022
COSAS QUE PERDIMOS

El arte de la fuga

Juan Jiménez García

CONTAD, HOMBRES, VUESTRA HISTORIA, DE ALBERTO SAVINIO (ACANTILADO)

(Un prólogo romano) Y caminamos y caminamos hasta llegar a aquella larga calle. Y seguimos en dirección contraria. Comimos y seguimos caminando, siempre en dirección contraria. No había nada. Solo un sol abrasador que lo igualaba todo, que nos convertía en parte del paisaje. Asfalto, cielo, descomposición. Desandamos el camino, mirando con más detenimiento, y allí, tras una grúa, en lo alto de aquella larga, sí, y ahora empinada calle, estaba ese edificio que debió tener algo de futurista, y ahora solo era raro. Raro entre la normalidad de todo lo demás. Allí vivió Alberto Savinio.

Hay dos lugares propicios para la escritura de Alberto Savinio: las enciclopedias (e hizo la suya, esa *Nueva enciclopedia*, contra la insatisfacción que le provocaban las existentes) y las biografías (y ahí los libros podrían ir desde *Maupassant y el otro*, hasta su propia vida pasada por el tamiz de Nivasio Dolcemare, *alter ego*, hasta este *Contad, hombres, vuestra historia*). Lugares propicios para su escritura porque le permiten desplegar sin límites no solo su extraordinaria erudición, no solo su condición de diletante, sino también su afición por los desvíos y las notas a pie de página, esos desvíos que son tanto más interesantes que la línea recta, que será el camino más rápido para llegar a los sitios, pero rara vez el que nos gusta. Como a Savinio, nos atrae ir de rama en rama, zigzaguear, perdernos para encontrarnos (o no), recorrer los caminios. ¡Pero cómo nos atrevemos a compararnos con él! Alberto Savinio fue una anormalidad del siglo. Qué siglo… ¡Del curso de la historia! Tan raro a todo lo demás que aún está esperando su futuro, un futuro que no llegará nunca, porque no nos acercamos a él: nos alejamos. El presente le es ajeno como le era ajeno ya el suyo propio. Hay escritores que solo pertenecen a sus lectores y a nadie más. Por *Contad, hombres, vuestra historia*, desfilan personajes conocidos en mayor o menor medida (desde Guillaume Apollinaire hasta Isadora Duncan, desde Estradivario a Verdi, o de Collodi a Nostradamus), pero esto son meras anécdotas, porque lo que desfila es el tiempo y la vida. Y escribir sobre un torero (*Vida y muerte de Cayetano Bienvenida*), que torear, lo que se dice torear, toreó bien poco (si es que lo hizo alguna vez), se convierte en un brutal retrato de ser pobre y pasar hambre. Un retrato que leemos con lágrimas en los ojos y no por la tristeza, sino por su demoledor sentido de la ironía, nunca recalcada, pero siempre presente. Porque Savinio es un campeón del humor. Traducirle debe ser, necesariamente, un infierno (un infierno placentero), porque su gusto por el lenguaje, por la palabra exacta, no está a la altura de cualquiera, pero también porque en su escritura los sentidos (en varias acepciones) se superponen y eso nos pide tiempo y atención, nunca paso apresurado, para recoger todo aquello que tiene que entregarnos, que es mucho. Su lectura es un acto hedonista, entregarnos a un placer sin falla, sin grietas, sin puntos de escape. Requiere toda nuestra atención, sí, y, a cambio, nos devuelve una historia personal de la humanidad y el pensamiento que no encontraremos en otro sitio, porque como la enciclopedia aquella, es un asunto personal. Y así, si en *Maupassant y el otro*, estaba Maupassant y el otro pero también el aire de su tiempo, en estas otras biografías están todos los que son, pero a su vez todos los hombres, con sus debilidades, grandezas, bajezas y altezas. Y es que a Alberto Savinio le resulta interesante Collodi (pensando que Pinocho es una de las obras cumbres de la literatura), pero ¿y el portero de la casa donde vivió? Cierto. Y el nuevo dueño o los dueños anteriores. Las perspectivas se multiplican y seguimos el orden de una vida por seguir algo, pero los hilos se entretejen, los caminos se bifurcan, las direcciones se multiplican y la vida de uno es la suya y la de los otros que estuvieron, antes, durante y después, aún sin haber coincidido nunca. Savinio no era muy de servidumbres y va de acá para allá según le indican las musas y su voluntad, siempre abierta de par en par, tan aireada como no lo ha estado la de ningún escritor conocido y por conocer. Un espíritu libre que no solo comparte su libertad con nosotros, sino que nos hace sentirnos igualmente libres. Libres de ataduras y de las mediocridades de nuestro tiempo. Tanto.

La nada

Óscar Brox

FATÍDICA, DE JEAN-PATRICK MANCHETTE (NAVONA)

Admitámoslo, Jean-Patrick Manchette pasó por el *polar* con la fuerza de un tren de mercancías. Y es que pocos autores han sido tan hábiles a la hora de combinar un dominio total de la narración con una exposición despiadada de las flaquezas morales e ideológicas de su tiempo. En efecto, el noir, de McCoy a Malet, fue el refugio perfecto para articular el discurso sobre una sociedad agonizante, la de posguerra o la de los años de la depresión, que tomaba forma a través de sus eslabones más débiles: perdedores, buscavidas, ladrones, asesinos, detectives y policías sobornados. Pero en la obra de Manchette todo ese poso, llamémosle clásico, adquiría una rabia y una energía insólitas. Siempre al límite, siempre en el filo. Con personajes sucios y amorales, impotentes y salvajes, perdidos en una eterna tormenta interior que, a la postre, dibujaba desde sus sensaciones las turbulencias de una época políticamente inestable. En la que las revueltas izquierdistas, cuando no los ataques contra las jerarquías conservadoras de toda la vida, reflejaban el estado de las cosas.

Fatídica es ese penúltimo peldaño (a Manchette aún le queda reventar las costuras del género con *Cuerpo a tierra*) en la obra de su autor. Una novela en la que los postulados *behavioristas* dictan cada detalle del *modus operandi* de su protagonista, construido matiz a matiz, elemento a elemento. Sin prácticamente diálogos ni pensamientos; solo acciones. Así, tenemos a una mujer. Una mujer en un entorno burgués protegido por las mentiras y delitos de aquellos que ostentan el poder. Impune, a simple vista, pero realmente frágil, puesto que todo conservador es naturalmente pragmático y la fuerza de la manada no tarda en descomponerse cuando lo que está en juego es la supervivencia individual. Manchette describe ese ambiente con sorna y malicia, como una gigantesca carcasa vacía que ya no puede ocultar su podredumbre. El hedor que rezuma su amoralidad. Esa sensación de que, tarde o temprano, las capas más bajas conseguirán pasar por encima. O, como mínimo, desnudar sus debilidades. Enfrentar al grupo de burgueses a la imagen deformada que proyectan sus traiciones, rencillas y malas artes.

Como en *El discurso del método*, como en Nada, como en la futura *Cuerpo a tierra*, la burguesía viste el disfraz más grotesco de la sociedad. Y sus acciones, en fin, subrayan esa condición hasta la náusea. O hasta el primer espasmo de violencia, siempre desbordante en la prosa de Manchette, que barre con fuerza el orden de las palabras hasta convertir sus relatos en una pesadilla sin final. En ficciones tan desbocadas que sus protagonistas acaban sumidos en la locura, convertidos ellos mismos en guiñapos de feria devorados por aquello que más les aterroriza. *Fatídica* no es una excepción, al contrario. Su autor ejecuta la venganza de su protagonista femenina con tal delectación que, una vez la historia explota en mil pedazos, se tiene la sensación de que desde la primera página no hemos hecho otra cosa que caer a un abismo sin fondo. A una alucinación de sangre y destrucción, de ricos y degenerados que se machacan unos a otros para intentar quedar con vida, ahorrar ese último aliento y continuar. Esos contra los que Manchette dispara con agrado sus balas, mientras nos habla de las diferencias de calibre, los agujeros que dejan en los cuerpos y el desagradable ambiente de hedonismo y bochornosa indiferencia que describe la vida en lo más alto de las estructuras sociales.

Si David Goodis vivía enganchado al turbio ambiente de una Philadelphia sombría, Jean-Patrick Manchette no podía desembarazarse del aire pútrido de la corrupción moral de Francia. De esa sensación de que la izquierda, de que cualquier revuelta, fracasaba estampada contra el muro de sus ilusiones. Deslustrada por la fuerza con la que los tentáculos del Poder se agarraban a la sociedad. Por eso sus novelas no son tanto nihilistas como atrozmente realistas; radiografías de un sentimiento de derrota, de una energía, que frente a la resignación oponía la misma locura. La nada. La destrucción. *Fatídica* es eso mismo. La nada. La nada que queda tras la violencia más loca, llevada hasta el paroxismo. La nada que dibuja su protagonista, asesina o vengadora, tanto da, mientras se sumerge, malherida, en el fondo de su pesadilla. La rabia. El fracaso. El deseo de anarquía. Los personajes convertidos en sensaciones, en cuerpos que se revuelven a cada párrafo para intentar sobrevivir. Cueste lo que cueste. Caiga quien caiga. Aunque su destino sea, inevitablemente, la nada.

No hagáis preguntas y se os contestará

Francisca Pageo

CADA DÍA ES UN ÁRBOL QUE CAE, DE GABRIELLE WITTKOP (CABARET VOLTAIRE)

Cada día es un árbol que cae. Cada día un bosque pierde sentido, da paso a otro tipo de simbología, de signo. Gabrielle Wittkop procede de este modo en este libro, nos habla de una mujer, Hippolyte, que escribe, haciendo del diario y de una biografía una confesión de sus más íntimos deseos y pensamientos. Talamos un árbol, un tronco de vida, cada día que pasa. Así es esta narración que surge desde las sombras, desde las profundidades de un lirismo críptico que ondea las palabras transformándolas en juego: «Elasticidad de juegos de palabras y juegos de sentidos», dice la autora.

Cada día es un árbol que cae no es un libro cualquiera, y tampoco lo es para cualquiera. Hay, de hecho, un clima parecido a ese que nos muestra Angélica Liddell en su teatro, incluso podríamos nombrar a Sarah Kane en este libro que nos llega de Cabaret Voltaire. Un clima pesadillesco y profundamente doloroso y humano. Como si la crueldad formara un cuerpo, formara algo más allá de su esencia, su modo de ser. No tocamos el clima que envuelve al libro, lo sentimos dentro y lo notamos escarbando ahí, dentro de nosotros. La escritura de Wittkop, aquí, no termina de entenderse del todo, alcanzamos a comprender ciertas metáforas, alcanzamos las palabras y tensiones que subyacen tras ellas, pero algo se nos escapa. *Cada día es un árbol que cae* tiene mucho de misterio escondido, no un misterio hallado, sino que se cuela y no logramos alcanzar. Un misterio velado que Hippolyte encuentra en sus encuentros, en su manera de sentir, de padecer, de pensar. Si de algo estoy segura, es que este libro trata sobre esa oscuridad yacente en el ser humano.

«No hagáis preguntas y se os contestará», escribe Wittkop. Porque precisamente este no es un libro de preguntas, es un libro de certezas que solo la autora logra mirar. Yo no he sabido verlas, y quizá la mayoría de nosotros tampoco las alcancemos, pero las intuimos. Intuimos ese espacio en el que Hippolyte sueña, porque este libro tiene mucho de onírico, de sueños y signos. Un lenguaje que se habla solo a sí mismo. Y aunque no terminemos de comprender del todo este libro, hay algo que no nos permite dejarlo marchar, que no nos permite dejarlo sin acabar, dejarlo de lado para luego volver a él. Para muchos este libro será para leerlo poco a poco, para mí ha sido un vaso de agua que he tenido que beberme del tirón por la sed que me provocaba. Una sed de emociones y sensaciones nuevas, porque este libro tiene mucho de unicidad, de novedoso incluso, de un modo de sentir las cosas ajeno a todo aquello a lo que estamos acostumbrados.

El árbol de la poesía

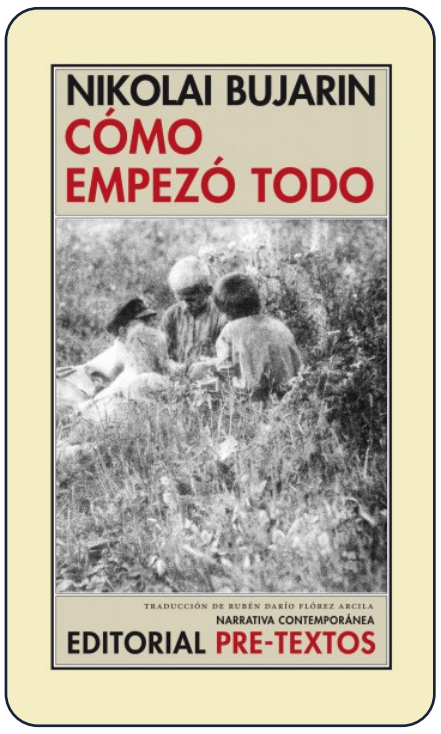
Juan Jiménez García

Breve antología, de Jaroslav Seifert (Hiperión)

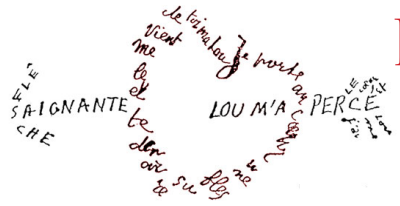
Seifert en el sueño. El largo sueño de la poesía checa, que atravesó el siglo anterior trabajosamente, entre estados de gracia y desgracia. Le dieron el Premio Nobel y dijeron que fue a su generación, y entonces parecía que su mérito principal era haber sobrevivido. Y eso se consideraba él, un superviviente. *He sobrevivido a todos los poetas de mi generación… (…) ¿Cómo no sentir zozobra?: estoy solo.* Pero no. Seifert era mucho más, era el hombre tranquilo atravesado por la poesía, por la belleza, por esa necesidad de trasladar, también con amargura, también con un cierto humor, aquello que estaba ahí, junto a él. El hombre tranquilo que buscaba cruzar los alambres de espinas que le rodeaban y el dolor del tiempo. Y la *Breve antología* que seleccionó y tradujo Clará Janés, cuando Seifert aún importaba, cuando todo estaba caliente y vivo, y se podía decir de él algo más que tan solo poeta. ¡Poeta premiado, laureado, el más grande! Esperó un poco, un par de años, y murió. Y luego el tiempo hizo su trabajo de olvido. Excepto para unos pocos, que lo buscábamos por los cajones de libros de su ciudad. Y ahí estaba, ese cometa dibujado por Jirí Trnka. Ese cometa, que sin saberlo, habíamos seguido todo este tiempo.

Como en tantos escritores de su tiempo, primero estuvo el futuro (porque el pasado era una guerra, la primera) y el comunismo, con el grupo Devětsil. Un comunismo que era aún lejanas promesas del Este, pero materia palpitante en las manos de los nuevos poetas. Y el futuro eran también las vanguardias, como el poetismo, que bebía de dadá, y que fue fundado por Vítězslav Nezval. Así pasó Seifert su primera juventud, esos veintitantos años, hasta que alcanzó la madurez de los treinta. Si París fue el primer lugar de sus pensamientos, ahora volvía a Praga, que no volvería a abandonar, ni física ni emocionalmente. En la antología, también está esa línea divisoria, aunque en desorden. Primero lo último. En último lugar, lo primero, aquellos poemas y poemarios que van desde 1921 a 1929 (Seifert nació en 1901).

En una de sus imágenes más poderosas, el poeta apoya el oído en los muros del castillo de Praga y oye el rumor del tiempo. La catedral, cercana. La ciudad está a sus pies. La belleza, por todos lados y él la atrapa, la atrapa continuamente. Llamó a sus memorias *Toda la belleza del mundo*; no podía ser de otro modo. El amor por lo que le rodeaba, el amor también por los momentos tristes, por el olvido, sus visitas a Vladimir Holan (el tronco del que salen las ramas del árbol de la poesía checa), la muerte, que en un momento de su poesía aparece y se queda ahí, entre las líneas, entre los versos, y, a veces, en los versos mismos. El río Morava, que cruza la ciudad; los puentes, que cruzan el río Morava. Se va hacia la oscuridad y el poeta, *al anochecer, muere*. Muerte y renacimiento. Luz y descubrimiento. De toda esa emoción que nos rodea, fugacidad de instantes que Jaroslav Seifert atrapa entre las páginas, como flores puestas a secar pero siempre vivas, contenedoras del recuerdo. En *Ser poeta* escribe: *Era mi propio destino tras el que corrí, tropezando a veces, sin respirar, toda mi vida.* Y esas palabras quedan ahí suspendidas, en el árbol de la poesía, en el ruido del tiempo, en el rumor de las aguas del río Morava, en el paso del cometa Halley (no el real, sino aquel aún más real de Trnka).



DETOUR.ES | DIARIOS.DETOUR.ES
CORREO@DETOUR.ES | FACEBOOK/REVISTADETOUR
INSTAGRAM/REVISTADETOUR | TWITTER/TDETOUR
LLIBRERIARAMONLLULL.COM



literaturas
literatura en détour
literaturas.detour.es

Pudo parecer un sueño

Texto de la editorial

Cómo empezó todo, de Nikolai Bujarin (Pre-Textos)

El manuscrito inacabado de la novela *Cómo empezó todo* que permaneció durante setenta años confiscado en los archivos del Kremlin fue escrito durante la estancia del autor en la cárcel mientras aguardaba su ejecución.

En el, en un tono lírico, Bujarin traza la trayectoria vital de Nikolai Kolia Petrov (su álter ego), desde la temprana infancia hasta la adolescencia. Se trata, pues, de una novela de formación en la que la presencia constante de la naturaleza y la afición que el joven protagonista siente por los seres que la habitan se mezcla con el retrato sociológico de la Rusia prerrevolucionaria, en especial de los funcionarios y del profesorado, y la evolución política de país en los albores de la revolución de 1905.

Nikolai Bujarin nació en 1888 en Moscú en el seno de una familia de profesores. Intelectual y revolucionario, participó durante la revolución de 1905 en la lucha política e ingresó al año siguiente en el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. En la Revolución de Octubre, Bujarin fue uno de los dirigentes de la insurrección armada de Moscú y hasta 1937, año en que fue encarcelado a raíz de sus divergencias con Stalin, desarrolló un incesante activismo político, tanto en la Unión Soviética como desde Estados Unidos. En 1938 fue ejecutado en prisión, acusado injustamente de contrarrevolucionario.

La vida se abre camino

Óscar Brox

Niños en el tiempo, de Ricardo Menéndez-Salmón (Seix Barral)

Siempre que leo *El condotiero*, de Georges Perec, historia del pulso que mantiene un falsificador de obras de arte por capturar la fuerza prácticamente irrepetible que evoca un cuadro del siglo XV, pienso en Ricardo Menéndez Salmón. A buen seguro, se habría acercado a la vida de Antonello da Messina, el pintor que tomaba como ejemplo Perec, desde la fabulación; narraría su aprendizaje artístico en Nápoles, sus trabajos en Milán y Venecia, pero sobre todo se detendría en aquello que caracterizaba su pintura: la absorción de la cultura de la luz de la tradición flamenca. Esa manera de concebirla como el pegamento que une tanto al color como a los cuerpos, que les insufla su identidad. Algo tan elemental e íntimo como la luz (y las tinieblas) que baña la obra del escritor gijonés, a caballo entre la meditación sobre el arte y la exploración de los sentimientos que nos unen y cobijan en un mundo a menudo solitario. N*iños en el tiempo*, su última novela, añade un nuevo matiz en ese vasto mural que construye entre un libro y el siguiente.

En *Niños en el tiempo*, todo comienza con un derrumbe, el cataclismo familiar que anuncia la prematura muerte de un hijo. Menéndez Salmón se acerca a ese momento con la ternura y el horror que dibuja algo tan inesperado, tan indefinible, cuando la costumbre apenas ha tenido oportunidad de escoger unas pocas palabras que puedan describir lo sucedido. Al fin y al cabo, un niño que ni siquiera ha alcanzado el conocimiento de lo que es vivir no puede formarse una idea de lo que significa morir. Tampoco unos padres que sentirán la herida como si la palpasen con ojos ciegos, con la aprensión que concede el dolor y con la tristeza de no tener palabras para nombrar ese estado de pérdida. Solo para abandonarse a una realidad en la que las palabras se enmarañan y crean un laberinto sin escapatoria, donde no existe la posibilidad de compartir un dolor tan interior que nadie puede ponerse en el lugar del otro. Sin embargo, su autor está más interesado en narrar la experiencia moral del padre, Antares, desde lo más elemental. Así, en lugar de rebobinar hacia los diferentes cuadros que describieron su felicidad familiar, se centra en esa búsqueda infatigable del efecto, algo que cifra en el sol cálido que acariciaba la cara del hijo, en ese bienestar sin nombre que, pese a todo, concede una sensación maravillosa. En la posibilidad de volver a encontrar esa sensación maravillosa.

Decía que parte de la obra de Menéndez Salmón se entrega a meditar sobre el arte, ya sea desde la ficción –la agonía creativa de Mark Rothko en *La luz es más antigua que el amor*– o desde el dispositivo –Prohaska y el cinematógrafo en *Medusa*. Pero también asume que el arte es una forma de consolación, una manera de abrir camino en la propia vida. De ahí, pues, la importancia del segundo relato que integra *Niños en el tiempo*, donde su autor ofrece una ficción de la infancia de Jesús, pero también una ficción de la infancia que el hijo de Antares no ha podido descubrir. Allí donde la literatura ha fijado el punto de corte en la madurez del hijo de Dios, en sus hechos, enseñanzas y obras, Menéndez Salmón se acerca a los episodios en los que Jesús es, simplemente, el hijo de José. A esos años en los que la infancia provee de experiencias, de palabras, olores y emociones morales, que su autor cifra en la convivencia con una familia romana asentada en el pueblo, cuya hija enseñará a Jesús todo lo que el hijo de Antares solo pudo intuir en el poder de los elementos.

Separada del título original, la partícula tiempo apela a ese cúmulo de vivencias que, en su transcurso, modifican nuestra percepción de la realidad. Así, si la historia se inicia con una herida y continúa con una cicatriz, el último eslabón de la cadena concluye con la piel, tanto aquella que ha olvidado el rastro del viejo dolor como la piel nueva que todavía no ha visto el momento de empezar a inscribir el tiempo en ella. Estamos en Grecia, acaso la primera cuna de la cultura, que ahora mecerá el último episodio de la vida de Antares: el segundo amor que le proporcionará Helena. La luz del sol vuelve a alumbrar con la intensidad que bañaba el rostro de su hijo muerto, con ese mismo calor primitivo que Helena siente en sus entrañas mientras está gestando a su futuro hijo. Antares, que hace años que dejó de escribir, ve en la mujer ese vínculo perdido que alguna vez le unió del lado de los vivos: la identidad, el reconocimiento, la experiencia moral (las impresiones, los sentimientos y las emociones) que conducen del anonimato a la intimidad, del su al tu. La belleza que se halla en el encuentro, no en la repetición ni en el deseo de cambiar las cosas; la belleza de lo elemental, como la luz del sol, el dolor o el hecho maravilloso de compartir un trozo del camino. Tan maravilloso como la ambición de atrapar esa fuerza en una ficción, la de Jesús o la del propio Antares, y proporcionarles la experiencia de unas palabras y unos sentidos que no tuvieron tiempo de vivir.

Lo que hace de *Niños en el tiempo* una novela tan hermosa es, precisamente, su voluntad de narrar su historia con la misma cadencia con la que transcurre un riachuelo, sin preocuparse por su origen ni tampoco por su final; solo por la experiencia del agua que corre, por la vivencia que se desenvuelve en ese momento y que, por su propia naturaleza, es absolutamente irrepetible. Como un primer enamoramiento o como las emociones que brotan en el corazón de un recién nacido. Tan inaprensible como la luz que plasmara en sus cuadros Antonello da Messina, tan elemental que Ricardo Menéndez Salmón nos invita a uno de esos gestos tan sencillos como, en ocasiones, huidizos: contemplar cómo la vida se abre camino.

PRÓXIMO CLUB

ENSAYO SOBRE LA FRAGILIDAD

1 de octubre, 17:30
Llibreria Ramon Lull
Corona, 5 - Valencia